

ADIOS

UN NUMERO

DE TELEFONO

Por JOAQUIN CALYO SOTELO



lección por él y hasta por sus vecinos, los números que le precedían y le seguían. Mi entendimiento de la urbanidad no era tan estricto como el de cierto abonado de provincias, antiguo compañero de colegio, que deja tarjeta a los usuarios de la decena, pero yo había trabado amistad con los más próximos, unas hermanas encantadoras, con las cuales, por mor de los inevitables errores y confusiones, tenía cierto peregrino y singular acceso a sus jardines.

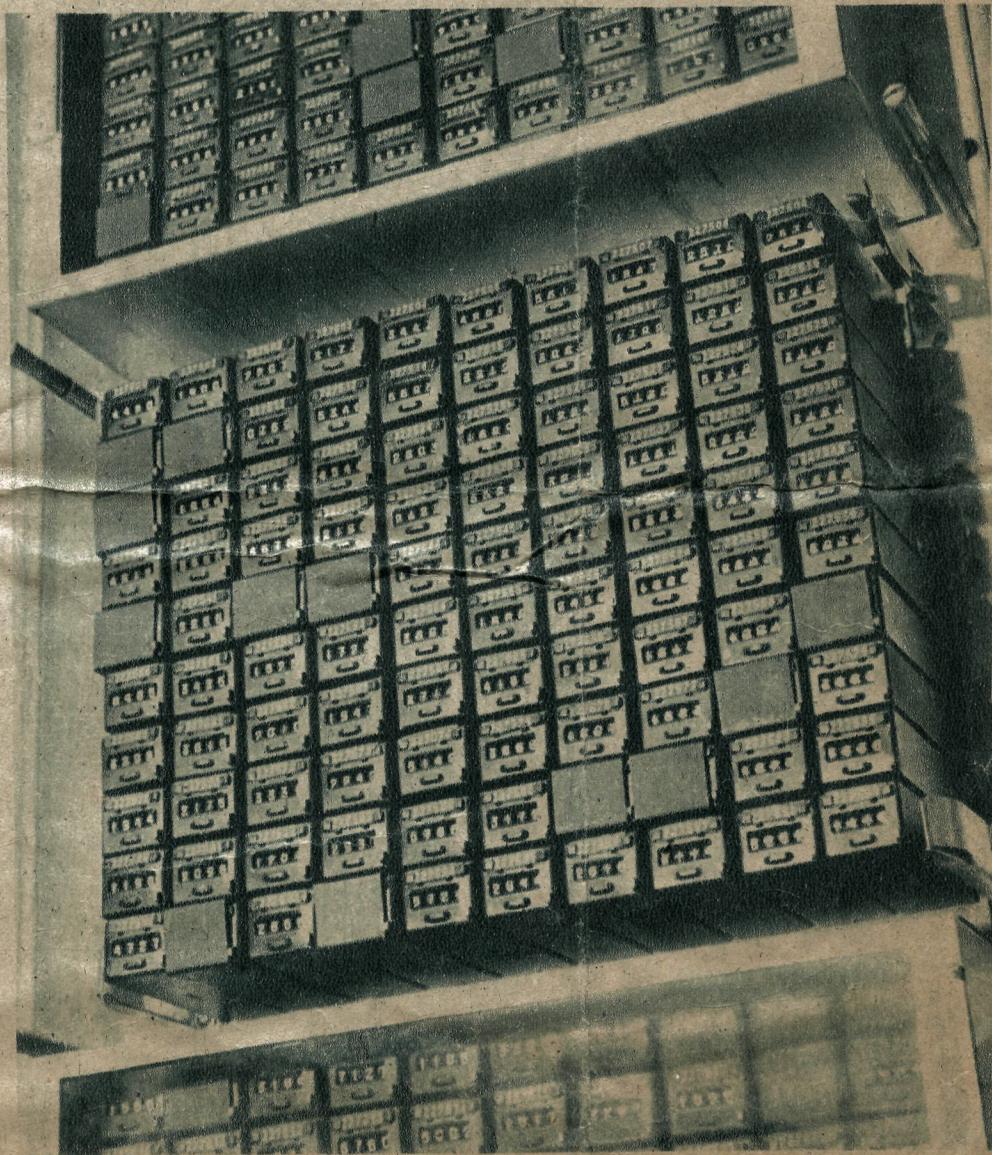
—¿Está Magda?—me preguntaba alguien, equivocándose, de vez en cuando. Y yo, que conocía a Magda, una morena muchacha de pelo endrino, de ojos vivaces y sonrientes, suspiraba entre burlas y veras: —¡Ojalá, muchacho!

Ahora me desalojan de esa contigüidad encantadora y Dios sabe a cual otra me uncrán. Me catalogan con otro número que, probablemente, no estreno y me fuerzan, es de temer, a mil imprevisibles servidumbres. Aceptaré —resignado estoy— las inevitables y disparatadas preguntas que se me dirijan y bien pronto adivinaré cuál era la vitola de su anterior titular, si ultramarinero o chararilero, anticuario o violinista, prestamista, impresor o pedicuro.

Como es lógico, por culpa mía importunarán también a quien me herede. En esa lotería de las centrales, cualquiera adivina a quién han ido a parar las siete cifras que, mecánica e inconscientemente, compondré yo durante cierto tiempo, como si aún fuesen las mías. Sí, lo confieso, soy bastante distraído y cometeré ese error. Durante las

TENGO en la Telefónica amigos por los que me dejaría matar como por sus señoritos los criados de las comedias quinterianas (estirpe ésta en grave crisis, cuya vigencia no sé si fue real o literaria, y a la que sería de justicia rendir homenaje), pero el afecto que me inspiran aquéllos no es óbice para que reconozca, como una de las características de la Compañía, el cesarismo al que quizá le empuja la altura de su sede social, que habitúa a sus rectores a mirarnos a todos con expresiva suficiencia de arriba a abajo. No es que vaya a reprocharles la medida de que soy víctima paciente, sin apelación posible, por virtud de la cual se me cambia el número de teléfono, ya que sé las razones técnicas que la hacen inevitable. Lo que pasa es que hueve sobre mojado, sobre mí pequeñas pero incómodas molestias que nacen de su dictadura y que me tienen mal dispuesto para aceptar, resignadamente esta nueva. Forzado, sin embargo, a soportarla, quiero permitirme, como desahogo, una sentida elegía de adiós al número del que se me desahucia, al que he venido ligado desde hace veinte años, fundido tanto a mi memoria como a la de mis amigos y que hoy canjeo por otro al que me parece aclimatarme. No sé si era malamente Maintenon la que llevaba sobre su coronación una leyenda que decía: "No mudo, se mudan." Aplíquese al número de mi teléfono.

Yo lo quería, no porque fuese de fácil memoria, sino porque tan larga convivencia me lo había grabado ya, a buril, en la memoria; porque lo había visto crecer y recordar, a mi lado, con el primer dos de hace unos diez años y el segundo de hace unos menos; porque lo había podido llevar, como de un fuego, de los cambios de domicilio, llevándolo conmigo, bajo el brazo sin extraviarlo, y porque, en tan dilatado disfrute, me transmitió un mínimo de noticias ingratas y se dejó usar, en mi virtud, para las mejores confidencias. Experimentaba, pues, una especial predilección



Paneles de contadores automáticos donde se registran las llamadas telefónicas efectuadas y cuya lectura se realiza por medio de fotografías.